

## HACIA EL TRAMPOLÍN A CIEGAS

El dulce cántico del coro retumbaba en sus oídos, constante, como un tambor. La guiaba a través de la oscura estancia. Thorine no sabía que se encontraba allí, era su subconsciente el que la había inducido a caminar, al parecer sin rumbo fijo. Hasta que no llegó a la iglesia no se dio cuenta de nada en absoluto, cómo había abandonado su cálido lecho para sumergirse en el halo nocturno.

A medida que se acercaba al altar, el pánico crecía en su interior. Fue entonces cuando empezó a recordar, su lado enfermizo se empezaba a manifestar.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras recitaba la oración, era ahora o nunca. Varios brazos la alzaron situándola a la altura del balcón, acariciándola con ternura, infundiéndole ánimos. Thori sabía que no estaba sola, que no era la única, así que saltó.

Disfrutó del descenso, el pavor de tocar suelo se hizo cada vez más llevadero, no llegaba realmente a caer. Ella solo flotaba, grácil como una pluma, cerraba los ojos y se dejaba llevar. Nunca se había sentido tan amada, tan querida, nadie antes la había tratado con tanto cariño.

Esos susurros se adueñaban de su mente cada noche, la atormentaban en sueños. Le dictaban el siguiente paso. Le daban la posibilidad de hacer realidad sus deseos ocultos, de regocijarse en la venganza.

Pero... ¿quién sería la próxima víctima?

Al abrir los ojos solamente pudo ver el blanco de la sábana que la cubría. Se los frotó desdeñosamente mientras se desperezaba y su boca se abrió en un amplio bostezo; sin embargo, se atragantó a mitad de este debido al nauseabundo olor proveniente del lavabo. Seguramente su prima había vomitado otra vez al llegar al alba como solía hacer.

Furiosa con ella, se levantó de la cama tropezando con algo mullido a su paso a lo que no le dio mayor importancia y se encaminó en busca de Kiara.

Vivían las dos solas, hacía cuatro meses que habían alquilado el apartamento y se las apañaban bastante bien. Dado que aún eran estudiantes, sus respectivas madres se encargaban de pagarles los estudios y el alojamiento. No podían quejarse, era un buen comienzo para su futura independencia. El hedor a putrefacto llenaba el aire, era casi imposible respirar. Se mezclaba con un ligero aroma a chamusquina, como si se hubiese producido un incendio. A Thorine eso le pareció extraño, normalmente su compañera de piso no dejaba esos rastros y se encargaba de limpiar su porquería. Probablemente se le habría olvidado aquella vez.

Encendió la luz del baño y nada más hacerlo profirió un grito tan agudo que retumbó en todo el vecindario. Aunque sus chillidos no cesaron allí ya que al volver sobre sus pasos tropezó de nuevo con el mismo material esponjoso de hacía unos momentos, tras salir de la cama.

Era un cuerpo. Más bien un cuerpo muerto. El cuerpo del novio de su prima. Su cadáver.

Thori no se lo podía creer, las náuseas se apoderaron de ella y fue a vomitar pero se acordó a tiempo de no entrar en el baño y se deshizo de la cena del día anterior en el fregadero. Tiritaba de frío, todas las ventanas de la cocina estaban abiertas de par en par. Se apresuró a cerrarlas y regresó a su habitación envolviéndose con la manta para entrar en calor. Tanteó sus gafas sobre la mesilla de noche, no era capaz de ver con claridad más allá del medio metro, y contempló su reflejo en el espejo. Al hacerlo su espanto se triplicó, un manchurrón de sangre cubría la sábana que reposaba sobre sus hombros. La apartó de inmediato. También sus uñas estaban mugrientas y había sangre seca bajo ellas.

De repente sonó el timbre y durante unos pocos segundos su mente se paralizó, todos sus sentidos estaban alerta. ¿Quién llamaría a esas horas un domingo por la mañana?

Caminó erguida hasta la entrada a pesar del miedo, había visto en alguna película que si se mostraba firme, puede que no le hicieran daño. De nada servía lamentarse, ya contaba con dos muertos en su propia casa. ¿Qué podría ser peor que eso?

Mirando hacia los lados y cubierta con una bata que le llegaba por las pantorrillas, recogió el paquete blanco que había frente a la puerta y cerró tras de sí. Desenvolvió el envoltorio rasgándolo con nerviosismo, era una tabla que contabilizaba una serie de muertes, asesinatos planificados. Había cuatro nombres tachados, entre ellos los de su prima y su novio. Kiara, a quien había encontrado en el baño con la garganta descuartizada; y David, quien seguía al lado de su cama mirándola fijamente con sus ojos inertes.

Y había algo más, algo aún más escalofriante, no había remitente, se lo había enviado ella misma la noche anterior.